



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO



*Por El Saco de Roma se le aclama,
y el aplauso es muy justo.
Es un pintor notable, tiene fama
y... engorda que es un gusto.*

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un corazón de oro, por Juan Pérez Zuriga.—Mi ama de llaves, por Fiacro Vráyroz.—Faltó, por Clarín.—A Córdoba, por José Jackson Veyan.—Misterios, por Simón Delgado.—Medallas madrileñas, por Mariano de Cavia.—Me gustan todas, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Javier Amérgo.—El eterno femenino.—Anuncios, por Cilla.



Hace ya algunos meses que no se ha cometido ningún crimen de sensación, y los noticieros tienen que dedicarse á averiguar cuántos albañiles se caen diariamente de los andamios, y cómo sigue Fabié y si Concha Castañeda, cuyos pies beso, tiene algún plan rentístico que mejore nuestra alimentación.

El único crimen de que ahora se habla es el cometido hará cosa de un año en la calle de Zurita. Han comenzado las sesiones del juicio oral, y las señoras aficionadas á sangre humana acuden á las Salesas con el noble propósito de emocionarse, pero todo es inútil, porque, según ha dicho un periódico, «el crimen carece de interés.»

Hay, efectivamente, una gran monotonía en este juicio. Se trata de un hombre que ha matado á otro de una puñalada, y los testigos que desfilan ante al tribunal son todos unos sosos que no distraen al público ni cuentan ningún incidente pornográfico.

—¿Qué ha visto usted?—preguntan á uno.

—Pues yo, mayormente, no he visto la *custión*, porque estaba vuelto de espaldas comiéndome unas bellotas con un amigo, y ni á mí ni á él nos gusta meternos en la vida privada.

—Bueno. ¿Á qué hora suele usted lavarse?

—Cuando hace buen tiempo me lavo á las ocho, y otras veces no me lavo, porque confía uno en que ha de llover.

—¿Recuerda usted si el procesado tenía mala una oreja en la noche de autos?

—Yo no noté nada, porque él es muy *reservado*.

—No tengo más que preguntar.

—Vaya, pues que ustedes sigan bien y buenas tardes.

¿No es monótono todo esto? Los aficionados á emociones fuertes hubieran querido que el reo resultase hijo de la víctima y casado en segundas nupcias con su propia suegra; pero no sucede nada de esto, y, como es natural, las señoras que asisten al juicio dicen hablando entre sí:

—¡Jesús! ¿Qué crimen más aburrido! Si yo sé esto no me hubiera molestado en venir aquí, dejando á mi esposo en la cama con una pulmonía doble. Era mucho más entretenido el proceso de la calle de la Justa. ¿Qué tiene que ver!

—Allí había sangre, robo, fractura y otra porción de desperfectos—añade otra dama.

—Ya se ve que sí. Los periódicos debían poner anuncios avisando que no nos molestáramos en venir á las Salesas cuando se celebran estos juicios sosos; porque yo, creyendo que sería otra cosa, he dejado á mi marido sin asistencia, y el pobre habrá tenido sed y se habrá levantado una porción de veces para ir á beber á la cocina.

—Haga usted lo que yo. Cuando el crimen de la calle de Puen-carral, tenía á mamá en la cama con una erupción y yo me venía á ver el juicio, dejando á mamá atada al catre para que no se rascara.

—No lo puedo remediar, pero me gustan mucho los crímenes.

—Pues, hija, llevamos una temporada sin ninguno.

—Puede que en cuanto entre más el invierno se cometa algún homicidio terrible.

—Es lo más probable.

—Yo, por si acaso, ya le he pedido papeletas á Zoquete, que es un chico fiscal, amigo de casa.

Todos creímos que iba á dar juego el martirio de la niña de la calle del Desengaño, pero por ahora sólo resulta con trece lesiones en la cabeza y cinco en un antebrazo. Hasta que la prensa agite el asunto, no nos conmovemos todo lo necesario.

¡Oh, la prensa tiene medios eficaces para interesar nuestros corazones!

—Si yo supiese que los periódicos tomaban mi defensa—nos decía un sujeto á quien martiriza su esposa,—mañana mismo me escapaba del domicilio conyugal.

—¿Por qué?—le preguntamos.

—Porque soy una víctima.

—¿Es usted huérfano?

—No, señor, soy casado, y entre mi esposa y su madre me pegan muchísimo. Ayer, sin ir más lejos, me estuvieron dando golpes contra una cómoda.

—¿Y usted lo tolera?

—¿Qué quiere usted que haga? Se han acostumbrado á mal-tratarme y ya no puedo quitarles el vicio, porque verá usted: yo, al casarme, no tenía nada, y todo lo que como se lo debo á ellas; de modo que á los seis días de matrimonio me dijo mi mujer: «Jenaro, tú en esta casa no tienes autoridad de ninguna clase, y si no fuera por mi mamá y por mí, que te mantenemos, tendrías que andar por las calles tocando el clarinete.» Yo no supe qué contestar, y al día siguiente mi suegra me clavó los dientes en esta pantorrilla, bajo el fútil pretexto de que no les había mudado el agua á los canarios.

Hay mucha gente de mal corazón que martiriza por puro pasatiempo, y sus crímenes quedan ocultos en la sombra. El día que se publiquen, sabremos, por ejemplo, que hay un senador vitalicio que tiene á su esposa metida en la despensa y le hace comer virutas con aceite y vinagre. Sabremos que un escribano de número martiriza á su escribiente pegándole en los nudillos con una bota. ¿Qué más? En el cuarto tercero de nuestra casa vive un matrimonio que tiene una criada joven, aunque no bien parecida, y todas las noches antes de acostarse meten á la infeliz sirvienta en un armario para infundirle pavor; después la cuelgan del techo y le dan aire con un abanico.

Vayan tomando nota los periódicos de todos estos delitos, para que puedan publicar á diario largas relaciones con estos epígrafes:

«El tormento de una joven institutriz picada de viruelas.»

«El martirio de un registrador de la propiedad huérfano y solo,» etc., etc.

LUIS TABOADA.

UN CORAZÓN DE ORO

—¿Qué es eso, Lola? ¿Qué pasa?

La hallo á usted triste y llorosa

y está su mano que abrasa.

¿Tenemos di. gusto en casa?

¿Ha ocurrido alguna cosa?

—Sí, señor. ¡La suerte mía

no puede ser más impía!

—¿Tiene usted enferma á su madre?

—Ca, no señor.

—¿Ni á su padre?

—Ca, no señor.

—¿Ni á su tía?

—Gozan de salud completa.

—Pues entonces, ¿qué le inquieta?

—¡Ay! Un disgusto espantoso.

—¿Ha hecho alguna jugarreta

de mal género su esposo?

—¡Si es modelo de maridos!

—¿Pues qué es ello, en conclusión?

—Una horrible desazón

que me embarga los sentidos

y me oprime el corazón.

Para mí no hay alegrías,

ni placer ni bienestar.

Tales son las penas mías

que ya llevo cuatro días

sin hacer más que llorar.

—Pero usted se ha vuelto loca!

Tanta lágrima me choca.

Límpiese usted esa tan larga,

que le va á entrar en la boca

y le va á saber amarga.

—Ya está.

—Si no calla usted,

vamos á llorar los dos.

—Pero, señor! ¿Para qué

nos mandará al mundo Dios?

—Señora, yo no lo sé.

—¿Por qué yo no me suicido,

si ya la vida me aburre?

—Yo sí que estoy aburrido

de escuchar tanto gemido

sin saber qué es lo que ocurre!

Dígale usted, por favor,

porque yo no lo propalo,

¿Está usted mal?

—No, señor.

¡Tabuyo es el que está malo!

—¿Acabáramos!

—¿Qué horror!

Son sus trazas alarmantes

y se muere por instantes

debajo de una rousola,

¡Ya no meces la coña!

tan deprisa como antes!
—¿La cola?
—Pues ya sé va.
—Pero bien, ¿quién es Tabayo?

¿El perro que tiene usted?
—No señor, ¡un primo suyo!
—(¡Jesús, María y José!)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MI AMA DE LLAVES

Tengo hace tiempo en casa,
de ama de llaves,
una señora de esas
serias y graves,
que, á jugar por sus formas
y compostara,
tiene todas las trazas
de ama de cura.
Religiosa en extremo,
jamás olvida
que hay más allá otro mundo
y hay otra vida,
y ahuyenta del infierno
las duras penas
con cilicios, ayunos
y con novenas.
Se confiesa dos veces
á la semana
y comulga á menudo
con fe cristiana,
porque sabe, la pobre,
que de este modo
la llevarán al cielo...
¡vestida y todo!
En fin, que es una santa
casi completa
mi buena ama de llaves
doña Enriqueta.

Como nunca es perfecta
ninguna cosa,
pues siempre hay una espina
junto á una rosa,
tiene el ama un defecto
que, ó me equivoco,
ó si no es un pecado
le falta poco.
Es curiosa, la pobre,
de tal manera
que se pasa luscando
la vida entera.
Todo lo que yo escribo
tiene que verlo
y lo que á mí me escriben
ha de leerlo;
y aunque á ella maldito
si le interesa.

me revusire á su gusto
toda la mesa.
¿Que escribo una poesía
que me ha pedido
Sinesio, por ejemplo?...
¿Pues ya es sabido!
La guardo en la cartera,
y al otro día
ya no está donde estaba
la poesía.
Muchas veces le he dicho:
—¡Doña Enriqueta!...
¡Hágame usted el obsequio
de estarse quieta!
¡No crede mis papeles,
que yo lo veo,
ni me toque usted nada,
que eso es muy feo!
Le he reñido mil veces
con mala cara,
pero nada; ¡lo mismo
que si callara!

Cansado de lo mucho
que me escudriña
y de que no le importa
que se le riña,
ya que es una beata
muy fervorosa,
buscando algún remedio,
pensé una cosa.
Coloqué unos dibujos,
el otro día,
del padre *Adán* vestido
como solía,
y dije:—De este modo
¡ya no hay cuidado!
¡Ahora ya no se acerca...
porque es pecado!
Pero, amigo, ha sabido
que Dios ordena
que se vista al desnudo,
que es obra buena,
y me los ha vestido
de caballeros...
¡pero sólo con botas
y con sombreros.

FIACRO URÁYZOZ.

PALIQUE

Uno de los pocos libros que merecen citarse, entre los publicados esta temporada, es el que se titula *Últimos escritos*, refiriéndose á los de D. Pedro A. de Alarcón.

No es que tal obra revele algún nuevo mérito de su autor insigne; pero basta que sea libro póstumo de tan notable publicista y que contenga sus *últimos escritos* (?) para que se respete y tome en cuenta.

Aunque el libro no lleva prólogo, advertencia preliminar, epílogo ni cosa parecida en que se cuente la historia de su publicación, tengo entendido (seguro estoy de haberlo leído en los periódicos) que han dirigido la edición muy cercanos parientes del ilustre novelista. No sé si han tenido que cañirse á órdenes del difunto ó si pudieron escoger según su juicio, ó si han publicado todo lo que encontraron á mano... Ello es que hay gran desigualdad entre unas y otras materias, y que si ha habido libertad para elegir, no han debido sacarse á luz ciertos documentos de carácter puramente familiar, que nada interesante enseñan respecto de la historia é ideas del autor, y son, por el descuido de la forma, la futilidad del asunto, indignos del Alarcón que el público conoce, del único Alarcón que se quiso dar á conocer. Nada tiene de particular que un buen escritor al dirigirse privadamente á varios amigos improvisase quintillas vulgarísimas, incorrectas, sin idea ni gracia; puede esto hacerse hasta por gusto, por descanso... pero no debe formar semejante escrito parte de la colección de obras póstumas de quien puede llegar á ser legítimamente un autor clásico. No va esta censura contra los hijos y demás parientes muy cercanos del insigne escritor, los cuales, enamorados natural y noblemente de todas las memorias de ser tan querido, no están ahora para distinguir entre lo literario y lo no literario; pero la familia de Alarcón tiene

amigos, muchos de ellos escritores de fama, y éstos eran los obligados á separar lo digno de publicidad, y dejar para el afecto puramente familiar esos otros documentos, que en cuanto recuerdos son tan sagrados como todos, pero como obra literaria... no lo son siquiera, ni muestran pretensiones de serlo.

Por ahora el mal no es grave; reciente la desgracia que aflagó á nuestras letras al desaparecer el autor de *El sombrero de tres picos*, todos vemos en el libro titulado *Últimos escritos* una reliquia más que otra cosa; todos podemos y debemos disimular defectos, olvidarlos, y pensar sólo en que tenemos delante páginas del querido poeta, sí, poeta, que ya no escribirá otras. Mas pasará el tiempo, Alarcón será juzgado con la fría justicia con que la posteridad siempre juzga, y por culpa de tales documentos esta obra póstuma desmerecerá en el conjunto de las de Alarcón.

En España en general no se da á la gloria literaria todo el valor que tiene; y por otra parte, no se respeta al público todo lo que se le debe respetar, no se le atribuye el juicio y el gusto que se le debe suponer.

Por esto sin duda nadie se ha creído, por amor de Alarcón, en el deber de impedir que una de las últimas páginas que nos quedan del escritor de *La Alpujarra* esté llena con quintillas como éstas:

Mi muy queridos Velarde,
Campo, Herranz, Palacio y Grilo:
que el cielo benigno os guarde
y que estrenéis cada tarde
un traje entero de hilo.

.....
Que llegada otra estación
gastéis cada levitón
que le diga á Dios de tí
y debajo del *serioué*
muy alegre el corazón.

.....
Que así os sorprenda la muerte,
pues que es preciso morir:
pero que muráis de muerte
que entre vivir y morir
el mundo á escoger no acierte.

Esto último no se entiende siquiera. Me parece imposible que Alarcón escribiese tales cosas para que se publicaran.

Por haber descuidos en esta edición, hasta hay impropiedad en el título. *Últimos escritos* de un autor quiere decir los últimos que escribió, y efectivamente lo dice: pues bien, en este tomo se publican varios documentos anteriores á algunos de los libros que el mismo Alarcón dió á la estampa. Sirva de ejemplo el artículo titulado «Acta de la junta celebrada anoche en la redacción de *El Belén*.—En Madrid á las nueve de la noche del 24 de Diciembre de 1857...»

No se crea que es sólo la poesía familiar que he citado por ejemplo lo único indigno de figurar ante el público en calidad de obra póstuma de Alarcón; á decir verdad, la mayor parte de los papeles aprovechados son inferiores con mucho al gran crédito que Alarcón había llegado á conseguir.

Tal vez afean, moralmente, el libro varios arranques de despecho contra el *naturalismo*, varias frases demasiado fuertes; pero hay la ventaja de que los aludidos por el Sr. Alarcón perdonan todo eso y mucho más, si hace falta, al que ha sabido ser, en medio de todas sus aprensiones de artista, uno de los más espontáneos y robustos ingenios de su generación en su tierra.

Y dispensen los lectores de Madrid Comico el tono completamente serio de este palique, tono impuesto necesariamente por la calidad del asunto.

CLARÍN.

Á CÓRDOBA

Esclavo de tu atracción
y ante tí postrado y mudo,
Córdoba, yo te saludo
con notas del corazón.

Me traje á tí la fortuna,
ó vine á tí por instinto,
y me encanta el laberinto
de tu construcción moruna.

Yo no sé lo que me pasa,
que por tus calles cruzando
parece que voy andando
por el patio de mi casa.

Al verte, mi afán halló
una antigua conocida:
¡caso el alma dormida
por las Ermitas cruzó,

y en noche primaveral,
envuelta entre sombra y luz,
paró su vuelo en la urna
de tu hermosa catedral!

Tú hablas de gloria lejana
y de remota conquista,
y tú eres *Córdoba artista*
más que *Córdoba hitano*.

Aquí, entre las duras peñas,
brotan perfumadas flores,
y los pardos raiñeñores
se arrastran por malagueñas.

Vende jardín es tu suelo,
tas mujeres son querubes,
y me parecen las nubes
blancos encajes del cielo.

Como ricos galardones
sólo á dos cosas aspiro:
guarda mi último suspiro
y recoge mis canciones.

¡Qué más te puedo pedir,
ni qué menos me has de dar,
que nido donde cantar
y tumba donde dormir!

JOSÉ JACKSON VEVAN

EL ETERNO FEMENINO



María de las Nieves era una costurera en fino, con un palmito que quitaba la respiración materialmente.



Y como la costura no daba para nada, pensó en dedicarse al teatro. El maestro de coros le probó la voz y resultó que no la tenía... Pero en cambio tenía otras cosas tan agradables!



El caso es que la muchacha salió en la fila a desafinar y a levantar en peso las butacas.



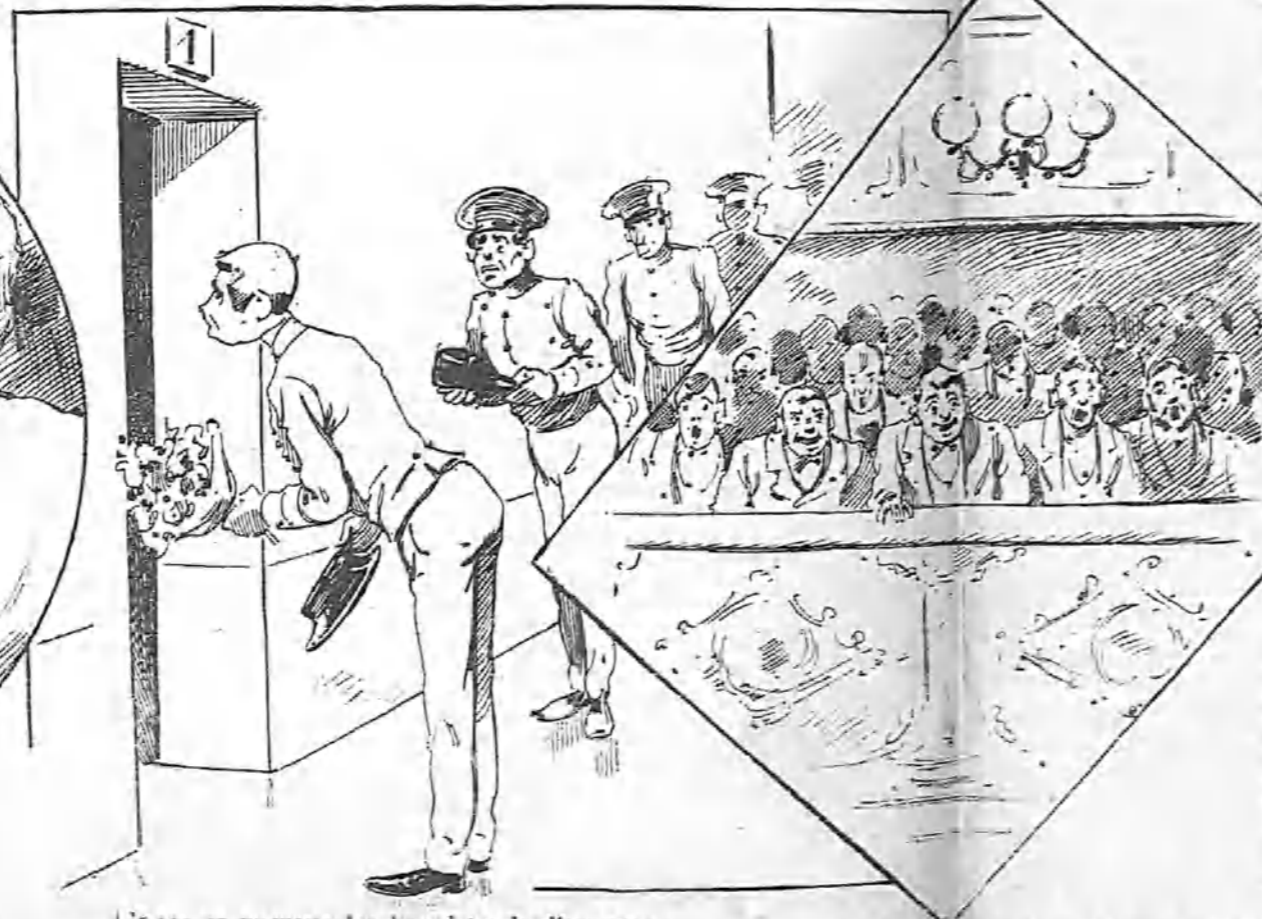
El empresario, con malas intenciones, fué y la hizo tiple de buenas a primeras. Pero ella no hacía caso al empresario, ¡qué había de hacer!



Al mes ya tenía el cuarto lleno de periodistas que ensayaban su sistema de seducción dándole cada bombo que encendía la sangre.



Los chicos del Veloz no la quitaban ojo en toda la noche. (Y como si no, ¡morena!)



Llevaron en su cuarto los brazaletes de diamantes y las cadenas echando fuego.

La multitud de las galerías se la comía... de muerte.



Hubo anciano respetable de la crema que se gastó todo su capital en claveles dobles.



¡Todo inútil! ¿Por qué? Porque María de las Nieves no se había rendido más que a los halagos dulces de un carpintero del teatro.

MISTERIOS

Por el placer cansada duerme tranquila
reclinada en sus brazos mi Petronilla,
modista de sombreros, joven, graciosa,
con dos ojos que valen cualquiera cosa.
Ha venido á mi casa fatigadamente,
ladrándose á una empresa tan imprudente
porque me quiere tanto, según sus jura,
que está casi á dos dedos de la locura.
Los labios encendidos, libre el cabello
y la frente serena junto á mi cuello,
duerme con una calma que me consuela,
porque el remordimiento no la desvela.
Yo la esperaba un poco, casi consuelo,
con el alma agitada, trémulo el pulso
y deseando á ratos que no viniera,
por si hacía el demonio que alguien la viera.
Al fin llegó temblando, de miedo loca,
pálidas las mejillas, seca la boca;
en cuanto vió que estaba la puerta abierta
ya quería volverse desde la puerta,
y cuando yo muy bajo, casi al oído,
la dije «Pero entonces ¿á qué has venido?»
tal impresión de espanto leí en su cara
que estuve por decirle que se marchara.

.....
Mi Petronilla ahora duerme sin miedo;
ya el universo todo la importa un bledo,
y cualquiera diría que no ha pecado
ni ver su lindo rostro tan resacado.
Yo, que con tanta calma beso su frente,
me digo, acariciando tranquilamente
su blonda cabellera, sedosa y riza:
¿Qué tendrá este pecado, que tranquiliza?

SINESIO DELGADO.

MEDALLAS MADRILEÑAS

LLOVIENDO

ANVERSO

Una, dos, tres... ¡Las nueve menos cuarto! Y me dijo que pasaría por aquí antes de las ocho y media! ¿Se figurará esa Pepa de mis pecados que el esperarla es plato de gusto? Y en esta esquina... Y con este tiempo... Por arriba, la lluvia que cae; por abajo, el barro que le pega á usted los pies á la acera; por un lado, el transeunte torpe que le da un empellón; por otro, el distraído que le mete á usted el paraguas por los ojos.

Eso sí, el sitio es, en cambio, de lo más desacreditado de Madrid. ¡La entrada de la calle de Espoz y Mina! Está usted aquí esperando á una mujer, expuesto á atrapar unos dolores reumáticos ó una pulmonía, y cate usted que en el momento de llegar á ella, llega también un amigo «latero» y preguntón, ó se le acerca á usted una buscona, ó se le arrima á usted un «gancho», ó se le presenta delante un acreedor!

Y para distraerse, contemple usted esas joyas de Ansoarena, esos alfileres, esos brazaletes, esas sortijas... ¡Insultos todos á la pobreza y anzuelos del vicio! Lhardy con su escaparate y Ansoarena con el suyo, ¡cuántos estragos causan en la sociedad madrileña! Pero estoy filosofando, y éste es un delito del cual tiene la culpa Pepa... ¡Sí, Pepa!... ¿Y qué bien sentarían á Pepa esos brillantes! Vamos á ver, ¿por qué no he de tener yo dinero para comprar esas joyas? A ver, señor Martín Esteban, ¿por qué ha de ser usted millonario, y yo, Esteban Martín, simple escribiente de la Deuda?

Pues si esta ostentación es un insulto á la pobreza, esos zánganos de la esquina del Imperial son un insulto á la cultura pública. ¡Hay mayor suplicio que estar esperando á una mujer y tener que contemplar esos chulos aburridos! ¡Vagos, más que vagos! No hay nada más cargante que la gente de coleta. Digo, y cuando se ponen á decir chicoleros á las que pasan? Sólo falta que Pepa venga por allí; porque le darán el quiebro, y la trastearán, y le pondrán varas, y... ¡yo mandaré alguno de esos á la enfermería!

Pepa si que me va á mandar á mi al Viaducto, por más que donde ella me quisiera llevar es á la Vicaría. La Vicaría... El Viaducto... ¡Ahora caigo en que estos dos nombres empiezan con las mismas letras! Hay en eso algo de providencial. La Providencia es también la que me hace reflexionar ahora. No me dejaré pescar por Pepa. Yo no me peino para modistillas de tres al cuarto. ¡Qué, si hasta galanteándolas se pone uno en ridículo! ¡Valiente papel estoy haciendo en esta esquina, convertida en mozo de cordel ó en pasmarote! Por supuesto, peor papel es el que hacen esos que pasan con su costurerilla á babor ó en mo-

distuela á estribo. Ellas parecen monas y ellos osos. ¡Vaya unas parejitas! No les falta más que el piamentés que las enseña por dinero.

Y á todo esto la lluvia arrecia, y Pepa no viene, y yo no puedo aguantar más... ¡Eh, caballero, que se lleva usted mi paraguas enganchado en el suyo! No conozco un chisme más molesto que el paraguas, ni más inútil, ni más antipático, ni más prosaico, ni...

REVERSO

¡Allí está! ¡Y qué precipitadamente viene la pobre! ¡Qué sofocada, y qué impaciente, y qué!... Ya era hora de que se dejase usted ver, señora mía. ¿Qué dices, que te ha detenido madama Augustina? ¡Me lo figuraba! Quisiera yo ser jefe de policía para detenerla á ella.

¿Te ríes? No te hubieras reído tanto hace un instante, viéndome desesperado con tu tardanza... Pero no creas que todo ha sido enojo y fastidio, Pepilla mía. Pensando en tí, se distrae uno. Hasta ha poetizado... Mirando los brillantes esos del escaparate, me he acordado de tus ojos, y de tu resaladísima boca, y de... ¡Vamos, que soy yo un joyero mucho más rico que Ansoarena! ¡Pero mucho más! Ya quisieran las que vienen ahí á comprar aderezos estar, con todas sus alhajas, tan hermosas como tú con solo un manojito de claves en el pelo. ¡Nada, que Esteban Martín se ríe de Martín Esteban!

Por supuesto que, si tú te empeñases, me iría á sacar perlas del mismo fondo del mar; si, señor. Y como tú quisieras, ¡hasta torrearía! ¡Pues no que no! Ahí tienes esos toreros de la esquina de enfrente, tan guapos, y tan bien plantados, y tan rumbosos, y con tan buenas hechuras... Levanta tú el dedo, y sólo por darte gusto, tomo la alternativa y formo mi cuadrilla con esos chicos. Pero ¿qué estoy hablando? ¡Si aquí la torera eres tú! Buenos quiebro me das, y bien me trasteas, y con buenas varas me castigas... Cuando quieras me das el gran volapié, ¿oyes? Pero sin cuartearte, ¿sabes? Y sin dar el paso atrás, ¿entiendes?

¡Ea, Pepilla! Vamos andando ó nadando; porque estas aguas nos van á convertir á todos los españoles en pases... ¿Qué dices? ¿Que no estoy yo mal pez? Lo fui, Pepa, lo fui. Ahora he pasado á la categoría de pescado. ¡Hija mía, caí en tus redes! Después de andar suelto por ahí tanto tiempo, necesitaba que una modista como tú me sentase las costuras, lo cual que me las has sentado. Y por lo visto, á muchos les pasa lo que á mí. No tienes más que mirar las dos aceras... ¡Cuánta parejita, eh! Da gusto verlas á ellas tan pizpiretas y á ellos tan enamorados... ¡Lengo puro! ¿Tú no sabes quién era Lengó? Pues Lengó fue un pintor que no sabía de la misa la media; se pasó la vida pintando pichones que se arrullan, palomas muy juatitas... Se conoce que jamás pasó á estas horas por la calle de Espoz y Mina.

Nosotros sí que nos arrullamos de veras; ¿verdad? Y mucho más cuando llueve. Mira, mira... El aguacero aprieta, Pepilla; y es que lo he encargado yo adrede para ir los dos más juntos. Dame el brazo; eso es... ¡Ajajá! El paraguas nos cubra perfectamente.

¡Ay, qué venturoso día de placer!

¡Viva Chueca! ¡Y viva el paraguas! La verdad es que no hay un chisme más cómodo que éste, ni más útil, ni más simpático, ni más poético, ni... ¡Arrímate, Pepa!

MARIANO DE CAVIA.

¡ME GUSTAN TODAS!...

¿Que es un pecado noñando
y que á condenarme voy?
Lo siento, pero yo estoy
dispuesto á seguir pecando,
sin miedo á sufrir la pena
que merezca tal exceso,
aunque creo que por eso
ningún mortal se condena.
Porque es un hecho probado
que el amor, como es sublime,
todo pecado redime
cuando es de amor el pecado.
Según desde niño escuché,
la mujer es costurera,
y con tal dato se explica
que todas me gusten mucho,
aunque diga en ocasiones
cualquier pedazo de aún
que toda mujer es un
pedazo de imperfecciones.
A mí me parece mal
que las traten de tal modo,
porque en este mundo, todo
es exactamente igual.

Voy de lo perfecto en pos,
y en todo hallo algún defecto:
¡si hasta el mundo es imperfecto,
y eso que es obra de Dios!
Que el que mora en las alturas
tras esa esfera brillante,
por no tener luz bastante
dejó medio mundo á oscuras.
Pero dejando esto á un lado,
vuelvo otra vez á mi tema.
Como el amor es mi lema,
según tengo demostrado,
quiero á todas igualmente,
porque, rabias ó morenas,
para mí todas son buenas
hasta la pared de enfrente.
De amor y entusiasmo lleno,
á todas les correspondo,
porque yo sé que en el fondo
todas tienen algo bueno.
Yo no desdén jamás
á ninguna, que eso es feo;
pero la última que ves
es la que me gusta más.

Por mi modo de explicarme puede ser que me censuren y más de cuatro aseguren que estoy para condenarme.

Y si es que al fin me condeno, daré con esto una prueba de que, si el diablo me lleva, me lleva por algo bueno!

MANUEL SORIANO.



Pues señor, el caso es que la comedia de D. José Echegaray *Un crítico incipiente* se ha estrenado en la Habana...

¡Más le valiera no haber nacido!

Porque también hay críticos en Ultramar; y uno de ellos escribe en *La Discusión*, y ha visto el estreno, según él, y luego ha ido a la redacción y ha dicho lo que á continuación se expresa, para asombro de las venideras generaciones:

«De ahí (de una porción de tonterías que ha dicho antes) que tal capricho cómico de Echegaray haya vivido en la escena española lo que el humano Dumas dice en su siempre fresca *Dama de las camelias* vive un capricho: lo que una flor; el espacio de una mañana.»

¡Ah! ¿De modo que la susodicha comedia de Echegaray ha muerto ya para la escena?

¡Usted sí que está siempre fresco, como *La dama de las camelias*!

Y sigue:

«Yo tengo, gracias á Dios, un entendimiento bastante claro (sea enhorabuena), y en verdad declaro que el fin literario del Sr. Echegaray, en su capricho cómico, no lo he podido entender.»

¿No? Pues riase usted de la claridad del entendimiento. Porque si no le sirve á usted para eso, ¿para qué le sirve?

«El fin personal creo haberlo advertido en anteriores renglones: un desahogo contra Cañete.»

¡Buena vista tiene la condesa!

Más:

«Que hay críticos malos es cosa olvidada de puro sabida (y ahí está usted sin ir más lejos); hay malos críticos como hay autores dramáticos desconocedores del corazón humano. Malos ingenieros y malos ministros...»

¡Basta! Eso huele á resentimiento personal á diez leguas. ¡Esta pobre criaturita se ha creído aludida en *Un crítico incipiente*! V ahora va y pone á Echegaray como chupa de dómine, dirigiéndole de paso sanas advertencias (que no copio) como aquél que decía:

«Aconsejamos al Sr. Bretón de los Herreros...»

Adelante:

«Según Echegaray, el autor dramático concede ó niega talento á los críticos y á las cocineras, según le hablen bien ó mal de su drama.»

Según Echegaray y según todo el mundo, alma mía, porque eso es tan humano como el humano Dumas, el de la siempre fresca *Dama*, etc.

Acabe usted:

«Yo aplaudo con toda sinceridad que *Un crítico incipiente* haya sido representado en la Habana. Ello me ha servido para ratificar mi dicho de que Leopoldo Burón es el comediante de talento tan poderoso que logra aplaudir al Sr. Echegaray las manos del pueblo, cosa que en Madrid no han logrado los actores que presumen de ser genios.»

¡Ira de Dios! Pero ¿usted sabe lo que ha pasado en Madrid? ¡No, hombre, no! Ya se ve que usted no lo sabe y está hablando por hablar... y por enaltecer á D. Leopoldo Burón, á quien Dios conserve muchos años... en la Habana.

«Sin Burón la obra de anoche se hubiera hundido...»

¡Atiza! ¡Es lo que me quedaba que oír! ¡Burón salvando á D. José Echegaray! ¿Quién será Burón, Dios mío?

«...pero este comediante, no igualado hoy en Madrid (¡dale, bola!), entra de tal modo en las situaciones, que las vigoriza...»

Mire usted, Sr. Hermida (porque firma el artículo el Sr. Hermida), hablando ahora en serio, lo que pasa es que usted, á pesar de su entendimiento bastante claro, no ha entendido una sola palabra de la comedia, ó la ha entendido al revés, que es peor todavía.

Y no se debe escribir de lo que no se entiende, porque hace una lástima triste figura á los ojos del mundo civilizado.

Y hablando de otra cosa.

¿Cómo habrá salido representada la comedia de Echegaray en la Habana? Ya sabemos que D. Leopoldo Burón vigoriza las situaciones, pero... ¿cómo habrá salido!

Por decir que eres honrada tu madre se desgajó;

pocos lo saben, muchacho, si hace falta que lo diga.

Con dos endiabladas cartas he perdido dos fortunas: cinco duros á una sola, y el corazón con la tuya.

J. SANJUÁN Y CAVA.

En el jugado:

—¿Cómo se llama usted?

—Yo? Ramaló González, pa servir á usía, pero más se me conoce por el *Guajá chico*.

—¿Edad?

—Veintitrés años.

—¿Profesión?

—Blasfemo, con perdón de usía.

—¿Cómo?

—Sí, señor; no tengo otra. Al menos, por eso es por lo que icon que me llevan al Abanico todos los meses.

Libros:

La mujer de mi negro, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Pascual Montagu y D. Edmundo de C. Bonet, estrenado con gran éxito en el Teatro Razaf de Valencia.

Ripios aristocráticos, por D. Antonio de Valbuena. Se ha publicado la quinta edición de este libro, con un notable prólogo de *Clarín*. Una obra de que se hacen en poco tiempo cinco copiosas ediciones, tiene en ese detalle su mayor elogio. Precio: 3 pesetas.

El espantapájaros, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, de don Félix Limendoux y D. Luis Gabaldón, música del maestro San José, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Eslava.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Kar y Nina.—¡Ay, caramba, cuánto siento que sea tan verde el cuento!

Calamor.—Cuando envíe usted más cantares firmelos usted, y así, si ha de aprovecharse alguno, noá ahorramos tiempo.

Sr. D. R. C.—Valladolid.—«Debe próximamente quince duros y en tan negra situación...»

Basta; así no puede empezar una silva en tierra de garbanzos. *Una morena y una rubia*.—¿Que si está mejor así? ¡No! Mejor estaría del otro modo, por muy mal que estuviera.

Un burgalés.—Está muy diluido eso. ¿No le parece á usted que no valía la pena de hacer tantos versos para tan poca cosa?

Don Oñko.—«Pepa del alma mía, sin ti no puedo pasar; Pepa sé mi consuelo, Pepa, no puedo más.»

¡Ay! Yo tampoco.

K. K. Seno.—¡Dios mío! Esa poesía parece una porquería.

Perico.—Un soneto precioso para *El Pistón*, de Estrada.

Sr. D. F. R.—Pero ¿son de usted de veras entrambos *retazos*? Porque me saben á cosa conocida.

El de la niña bonita.—Que si es tan inocente como usted dará gusto tratarla.

Pipete.—No sirve.

Un Cid literario.—Usted titula eso *Inocentades*, y ¡por Dios! que no puede estar mejor aplicado el nombre.

Trect.—Es una vulgaridad muy grande el asunto.

Solfo.—Tiene mucha gracia, pero peca de atrevido y pornográfico.

Sr. D. S. A.—Sevilla.—Tiene gracia, pero está muy mal hecho el soneto.

Juanuco.—La forma no es todo lo correcta que debiera y la composición resulta pesada como el plomo.

Uno que va á casa de Mateo.—Pues anda, que hacer unos versos ahora «al patrón Luis Carril en el aniversario de su regata» tiene más salero de lo que parece.

El pretencioso II.—No, no está mal versificada la composición, hablando con franqueza, pero es demasiado larga para lo que da de sí el asunto.

Q.—«Se puso grave don Quiterio de su indigestión; trataron de llevarle al cementerio pero pronto en sí volvió.»

¡Hombrel! ¡Trataron de llevarle al cementerio en cuanto se puso grave! Pues ¿qué iban á hacer con esas coplas, que están en la agonía?

Cuchinánigas.—Buena par de vulgaridades están. Lo del *peño grande* es cosa cómica de sayo, porque es el ripio que se pone por ejemplo generalmente.

Sr. D. J. M. C.—Tiene un defecto capital, y es que carece de naturalidad el diálogo.

R. que R.—No me pareció publicable. Por eso no avisé á usted en seguida.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.



Sastrería célebre de Cádiz á Irán. *Dámaso Percira*, calle de la Cruz!

CANTAR



Mientras tú estás en la cama entre sábanas calientes, yo como en las Tullerías, y me va tan ricamente. **Matute, 6.**



—¿A qué no sabe usted lo que le falta á la Venus de Milo para estar presentable? Una camisa de casa de **MARTÍNEZ!**

San Sebastián, 2.

LUCES Y SOMBRAS



Aquí están los pobrecitos que viven de la caridad, y que traen unos frasquitos con perfumes, pero de verdad.

Perfumería Americana, Espoz y Híjar, 26.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A correspondientes y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

NO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO



—No la harás arrancar aunque quieras salir á todo vapor! Porque mi dentadura es inamovible, de casa de **Tirso Pérez.**

Mayor, 73.

REFRÁN



Debajo de una buena capa de **PESQUERA**, no puede haber otra cosa más que un senador vitalicio. **Mardalena, 20.**



—¡Mi coronal! La gente del barrio del Pacífico está sublevada.

—¿Quién les ha dado fusiles?

—No tienen fusiles. Tienen bastones de **GRAS**, hijo.

—¡Entonces no hay quien pueda con ellos!

Alocá, 42, y Príncipe, 22.



—La segunda corista de la derecha tiene un pelito rubio en la mejilla izquierda.

—¿Ver es!

—Amigo, es que estos gemelos son de casa de **IRIGOYEN.**

Esparteros, 3.

REUMA

Se alivia á la primera untura, sin necesidad de masaje, y se cura con uno ó dos frascos de **Bálsamo de Orice**. La recomendación de paciente á paciente y cartas laudatorias de médicos de fama hicieron la propaganda de tan superior calmante. Pídilo en las farmacias de crédito. Por mayor á su autor, **Bilbao, y M. García, Madrid.**

Capellanes, 1.



—¿Pero ha visto usted esta criatura? ¡Todos los días coge una rabista porque no quiere irse á la cama!

—Pues los míos á las ocho ya están acostados. Ellos mismos lo piden.

—¿De veras?

—Sí, señora, porque tienen unas cunas del Bazar de la **Plaza de la Cebada, núm. 1.**



—¿Cuál es la mejor cualidad de los borregos?

—La de producir las superiores lanas que se venden en la calle del Barquillo, núm. 30.



—¿Qué hace usted en la calle?

—Viendo nevar.

—Pero va usted á coger una pulmonía.

—¿Yo pulmonía? ¡Cal! Tengo un traje de punto de casa de **TIRSO RODRIGUEZ, Atocha, 75 y 77.**



—Guía, mi haber visto ya el Escorial y mi querer ver ahora la camisería de **Arbisa y Alonso**, y mi marcharme tranquilo de España conociendo lo más notable.

—Pues vamos á la plaza de **Santo Domingo, núm. 18.**



—Bien se fastidia el demonio! Yo le doy á mi mujer **Cognac fino de Moguer**, y hay paz en el matrimonio.

Sobornos de Guines, Carretas, 27 y 29. Lewis, Bayar, 35.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID